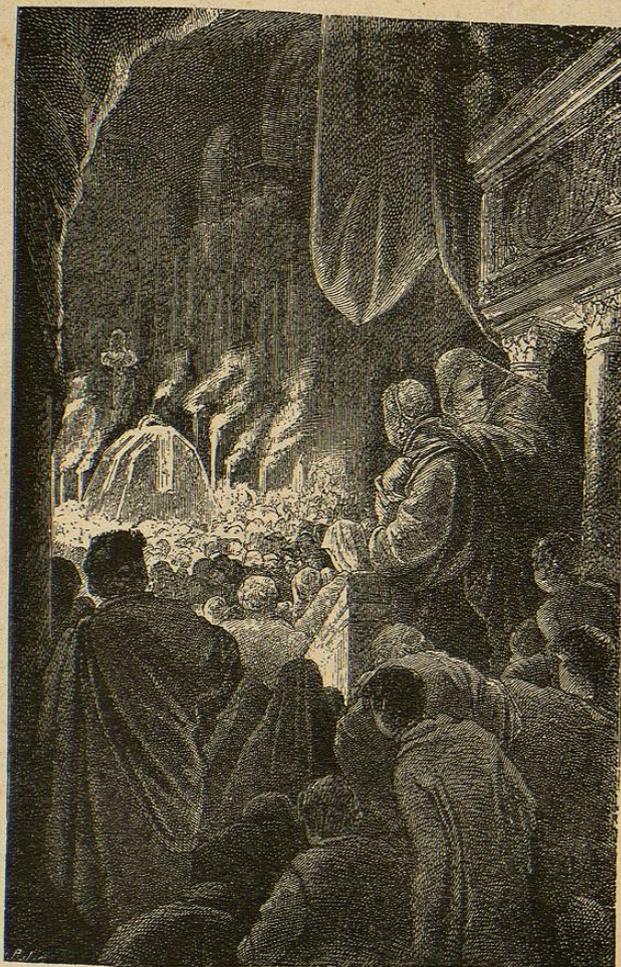


Dios? Esperaba de ti la viveza de la juventud, mas no la ceguedad de un niño. Dinos lo que ha motivado tu elección.

D. CÉSAR. —¿ Mi elección, madre mía? Cuando la oleada del destino arrastra al hombre á la hora fatal, ¿hay en ello elección? Yo no iba en busca de mi desposada, ni tal idea podía ocurrirme en la morada de la muerte. Allí encontré á la que no buscaba. Hasta entonces, la frívola raza de las mujeres me había sido indiferente y no logró conmoverme nunca, porque no veía una sola parecida á ti, madre mía, á quien adoro y respeto como imagen de Dios. Era en los tristes funerales de mi padre; y ocultos entre la multitud, asistíamos á ella porque recordarás que en tu prudencia nos ordenaste vestir un disfraz, á fin de que la violencia de nuestro odio no turbase ruidosamente la dignidad de la ceremonia. La nave de la iglesia estaba tapizada con negras bayetas; veinte estatuas con antorchas en la mano rodeaban el altar, ante el cual habían depositado el ataúd, que cubría la cruz blanca y el paño mortuorio. Sobre el ataúd se veía el bastón de mando, la corona real, las espuelas de oro, insignias del caballero, y la espada con su empuñadura engarzada en diamantes. Todo el pueblo permanecía arrodillado con devoción. De lo alto del coro brotaba la música del órgano invisible, y más de cien voces entonaron los cantos funerales. Mientras resonaban los himnos, el ataúd bajó lentamente con el cuerpo que encerraba á la subterránea morada, cuya abertura cubría el paño mortuorio. Los terrestres ornamentos quedaron sobre la tierra, pues no debían acompañar al difunto en su honda mansión; mas el alma, mecida por los cantos y sostenida por las alas de los serafines voló á lo alto, en busca del refugio del cielo y de la gracia divina. Renuevo este cuadro á tu memoria, madre mía, con pormenores minuciosos, para que veas si alimentaba en mi corazón el



D. CÉSAR. —*Era en los tristes funerales de mi padre...*

menor deseo, en aquel momento, en aquella hora grave y solemne elegida por el árbitro de mi vida para inflamarme con un rayo de amor. ¿Cómo acaeció? En vano me lo pregunto.

ISABEL.—Acaba. Quiero saberlo todo.

D. CÉSAR.—No me preguntes de dónde venía ella, ni cómo pareció junto a mí. Cuando volví los ojos, estaba a mi lado; al encontrarla tan cerca, me senti herido hasta el fondo del alma por una impresión confusa, pero potente y maravillosa. No era la dulzura hechicera de su sonrisa, ni la hermosura de sus facciones, ni la gracia de su figura divina: era... voz íntima y profunda que me cautivaba con fuerza celestial, ¡poder mágico que no puede comprenderse! Pareció que nuestras almas se tocaron sin haberse comunicado, ni haber proferido una sola palabra. Cuando respiré el aire que ella respiraba, me era extraña, y sin embargo la conocía hasta lo más hondo de su ser, y de pronto oí distintamente que mi alma decía: ¿Si ella no, qué otra será en la tierra?

D. MANUEL (*le interrumpe vivamente*).—Este es el rayo divino y sagrado del amor que penetra en el corazón, le hiere, y le inflama. Cuando dos almas de igual raza se encuentran, no es posible escoger ni resistir; el hombre no desata lo que el cielo ató. Yo soy como mi hermano. Lo que acaba de relatar es mi propia historia, y debo agradecerle esta explicación, porque levantó con hábil mano el velo que cubría el sentimiento confuso que experimento.

ISABEL.—Bien claro veo que mis hijos siguen su destino rompiendo la vía que les estaba designada. El torrente fogoso que se precipita de las montañas se cava su lecho, se abre un camino sin buscar la vía regular que la prudencia le trazó. Sin duda he de someterme; ¿puedo acaso hacer algo? La mano poderosa é inflexible de los dioses teje el destino misterioso de

mi familia. El corazón de mis hijos es prenda de mis esperanzas en el porvenir; noble es su cuna, y nobles son sus pensamientos.

ESCENA VI

ISABEL, DON MANUEL, DON CÉSAR; DIEGO aparece á la puerta.

ISABEL.—Ved; ahí llega mi fiel servidor. Acércate, acércate, buen Diego. ¿Dónde está mi hija?... Todo lo saben, no hay ya misterio alguno. ¿Dónde está? habla; dílo sin demora. Dispuestos estamos á soportar el más intenso gozo. Ven. (*Quiere acercarse con él á la puerta.*) ¿Pero qué es esto? ¡Cómo! vacilas, callas! tu mirada no me anuncia nada bueno. ¿Qué pasa? ¡Habla! Me estremezco. ¿Dónde está? ¿dónde está Beatriz?

(*Hace que se va.*)

D. MANUEL (*aparte sorprendido*).—¡Beatriz!

DIEGO (*la detiene*).—Atended.

ISABEL.—¿Pero dónde está? La ansiedad me mata.

DIEGO.—No viene conmigo. No os devuelvo á vuestra hija.

ISABEL.—¿Qué ha sucedido? ¡Por todos los santos, habla!

D. CÉSAR.—¿Dónde está mi hermana, desdichado? Habla.

DIEGO.—Ha sido robada, ha sido arrebatada por los corsarios. ¡Oh! ¿por qué he visto este día?

D. MANUEL.—¡Calmaos, madre mía!

D. CÉSAR.—¡Valor! Dominad la pena hasta saberlo todo.

DIEGO.—Seguí rápidamente, como me ordenasteis, el camino del convento, que tantas veces recorrí y

que esperaba no volver á recorrer más. La alegría me daba alas...

D. CÉSAR.—Al caso.

D. MANUEL.—Habla.

DIEGO.—Llego al patio del convento, que tan bien conocía; pregunto por vuestra hija, veo el espanto en todas las miradas, y sé con horror la catástrofe.



(*Isabel cae pálida y temblorosa sobre un sillón; don Manuel acude solícito en su auxilio.*)

D. CÉSAR.—¿Y dices que los moros la han robado? ¿Pero los han visto? ¿Quién fué testigo del suceso?

DIEGO.—Se ha visto un buque de corsarios moros que echó el ancla en una bahía cercana al convento.

D. CÉSAR.—Muchos se refugian en ella, para escapar al furor del huracán. ¿Dónde está aquel buque?

DIEGO.—Lo han visto esta mañana en alta mar, huyendo de la costa á toda vela.

D. CÉSAR.—¿Hablaron de alguna otra fechoría? Los moros no se contentan con una sola presa.

DIEGO.—Se han apoderado violentamente de las vacadas que pastaban en aquellos contornos.

D. CÉSAR.—¿Y cómo esos bandidos han podido cometer su robo en el interior del bien cerrado convento?

DIEGO.—Las tapias del jardín pueden fácilmente salvarse con una escala.

D. CÉSAR.—¿Y cómo han penetrado hasta el interior de las celdas?... las piadosas monjas viven sometidas á rigurosa disciplina.

DIEGO.—Las novicias pueden pasear libremente.

D. CÉSAR.—¿Usaba ella á menudo de la libertad que le concedían?

DIEGO.—Con frecuencia la veían buscar la soledad del jardín; pero esta vez no ha vuelto.

D. CÉSAR (*después de un momento de reflexión*).—¿Dices que ha sido robada? Pero tan fácil era á los piratas robarla; como á ella huir del convento.

ISABEL (*se pone en pié vivamente*).—Si ha desaparecido es por la violencia... por un raptó criminal. Mi hija no podía olvidar sus deberes hasta el punto de seguir libremente á un raptor. Manuel, César: hoy debía daros una hermana; mas ahora debo recibirla de vuestro heróico brazo. Mostrad vuestro valor. Hijos míos, no debéis soportar tranquilamente que vuestra hermana sea la presa de un ladrón audaz. Requerid las armas, equipad navíos, recorred la costa, perseguid á los piratas en todos los mares: ¡os han robado á vuestra hermana!

D. CÉSAR.—Adiós, madre; vuelo á descubrirlos y á vengarnos. (Sale.)

D. MANUEL (*despertando de profundo ensimismamiento, se vuelve con inquietud á Diego*).—¿Cuándo dices que desapareció?

DIEGO.—No la han visto desde esta mañana.

D. MANUEL (*á doña Isabel*).—¿Y tu hija se llama Beatriz?

ISABEL.—Tal es su nombre. ¡Pero no me preguntes! Vê, acude en su busca.

D. MANUEL.—Una cosa, sólo una cosa, madre mía. Dime...

ISABEL.—Vê. Sigue el ejemplo de tu hermano.

D. MANUEL.—¿En qué lugar, te lo ruego...

ISABEL.—¡Mira mi llanto, mi angustia mortal!

D. MANUEL.—¿En qué lugar la tenías oculta?

ISABEL.—¡Oh! no estaba escondida en el centro de la tierra.

DIEGO.—Súbito temor me sobrecoge.

D. MANUEL.—¡Temor! ¿por qué? Dí lo que sepas.

DIEGO.—Temo haber sido causa inocente de su raptó.

ISABEL.—¡Desgraciado! Explica cómo fué.

DIEGO.—Guardé silencio, princesa, para evitar la intranquilidad á vuestro corazón de madre, mas el día en que enterramos al príncipe, todo el pueblo ávido de espectáculos nuevos, se reunió en gran número para presenciar la triste solemnidad. La nueva alcanzó los muros del convento. Vuestra hija me rogó, con reiteradas instancias, que la dejase ver la ceremonia. Yo, infeliz, me dejé convencer: vistióse ella con ropas de luto, y fué así testigo de los funerales. Me temo que entre la multitud que acudió allí de todos lados, estuviese ella expuesta á la mirada del corsario; porque ningún manto vela el esplendor de su hermosura.

D. MANUEL (*aparte, tranquilizado*).—¡Dulces palabras que calman mi corazón! ¡No es ella! Lo que dice no puede referirse á mi Beatriz.

ISABEL.—¡Viejo insensato! ¿Así me has hecho traición?

DIEGO.—Recta fué mi intención, princesa; yo creía reconocer en su deseo la voz de la naturaleza, la fuerza de la sangre. Pensaba que era aquella la obra del cielo, que por secreto y tierno impulso, guiaba á la hija al sepulcro de su padre. Quise ceder al deber piadoso que ella tenía derecho á cumplir: si obré mal, buena fué al menos la intención.

D. MANUEL (*aparte*).—¿Por qué permanecer aquí martirizado por la duda y los temores? Voy sin perder instante al encuentro de la luz y la certidumbre. (*Hace que se va.*)

D. CÉSAR (*vuelve*).—Espera, Manuel; quiero seguirte.

D. MANUEL.—No me sigas, aguarda. Nadie me siga!

D. CÉSAR (*le mira sorprendido*).—¿Qué le ha pasado á mi hermano? Dímelo, madre.

ISABEL.—Lo ignoro; ya no es el mismo á mis ojos.

D. CÉSAR.—Vuelvo, madre mía, porque en el ardor de mi celo, olvidé pedirte una señal para darme á conocer á mi hermana. ¿Cómo encontrar sus huellas sin saber de qué sitio la han robado los corsarios? Nómbrame el convento en que estaba encerrada.

ISABEL.—Es un convento consagrado á santa Cecilia. Se oculta en el bosque que se extiende sobre las laderas del Etna, como para hacerle callado asilo de las almas.

D. CÉSAR.—Ten valor, madre mía! Fía en tus hijos. Yo te traeré á mi hermana, aunque haya de buscarla en todos los mares y en todos los países! Una cosa me aflige sin embargo, madre mía. Dejé á mi desposada bajo extraña protección! Sólo á ti puedo confiar el precioso depósito: voy á presentártela, la verás, y en sus brazos, sobre su tierno corazón, olvidarás tus inquietudes y tus sufrimientos.

ISABEL.—¿Cuándo cesará la antigua maldición que pesa sobre nuestra casa? Pérfido genio burla mis esperanzas, y su envidiosa rabia no se ve nunca satisfecha. Me creía cerca del puerto, confiaba con gran seguridad en las que me parecían firmes prendas de ventura, y calmadas todas las borrascas, veía con alegres ojos la tierra alumbrada por los rayos del sol poniente, cuando se alza una tempestad en el cielo sereno, y me fuerza á luchar nuevamente contra las olas.

(*Retrase al interior del palacio; Diego la sigue.*)



ACTO III

ESCENA PRIMERA

La escena representa un jardín

LOS DOS COROS, después BEATRIZ.—El coro de don Manuel avanza con aparato de fiesta, llevando guirnaldas de flores, y el tocado de la novia antes descrito.—El coro de don César quiere impedirle la entrada.

I.^{er} CORO - CAYETANO .

BIEN harás en dejar este lugar.

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Sí, cuando más poderoso señor lo exija.

I.^{er} CORO - CAYETANO.—Deberias comprender que tu presencia es importuna.

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Ya que eso te disgusta, me quedo.

I.^{er} CORO - CAYETANO.—Este es mi puesto. ¿Quién se atreve á detenerme?

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Yo, que mando aquí.

I.^{er} CORO - CAYETANO.—Don Manuel, mi señor, es quien me envía.